

Turquía: ¿nuevo presidente o nuevo sistema?

Galip Dalay

Después de un año de protestas, descontento y acontecimientos excepcionales, Turquía tendrá en agosto por primera vez un presidente por elección popular. Por parte del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP), actualmente en el gobierno, todo apunta a que el candidato será el primer ministro, Recep Tayyip Erdoğan. Por parte de la oposición, a mediados de junio no había surgido ningún nombre como aspirante a desafiar a Erdoğan. Puesto que el presidente será elegido por primera vez por el pueblo, son numerosas las cuestiones que se plantean; en primer lugar, en relación con la base social de cada candidato; y en segundo lugar, con su nueva función en el sistema político.

Debido a que Erdoğan ha dejado claro su deseo de asumir la presidencia, el futuro del AKP ha sido objeto de acalorados debates, ya que si es elegido, tendrá que abandonar la dirección de la formación política. Las elecciones, sobre todo si gana Erdoğan, tendrán repercusiones significativas tanto en la política interior como exterior de Turquía.

Galip Dalay es investigador en la Fundación para la Investigación Política, Económica y Social (SETA) de Turquía. Es editor de la sección de libros de la revista *Insight Turkey* y analista para Turquía del German Marshall Fund de Estados Unidos y del Centro de Estudios de Al Jazeera.

Las próximas elecciones presidenciales turcas abrirán un nuevo periodo político: por primera vez, el país tendrá un presidente por elección popular. El cambio afecta profundamente a la institución. La carrera presidencial está encabezada por el hoy primer ministro Erdogan.

La base social de los candidatos

Actualmente, a pesar de que para entrar en el Parlamento cada formación política debe alcanzar el considerable umbral del 10 por cien de los sufragios a escala nacional, en la Cámara hay cuatro partidos que suponen más del 90 por cien de los votos. El AKP en el poder representa, en principio, el sector conservador-religioso de la sociedad. La principal formación de la oposición, el Partido Republicano del Pueblo (CHP), representa al segmento laico. El Partido de Acción Nacionalista (MHP) tiene su base en el electorado nacionalista, mientras que el prokurdo Partido Democrático de los Pueblos (HDP) –el autodisuelto Partido Paz y Democracia (BDP)– es la representación política de los nacionalistas kurdos.

La primera vuelta de las elecciones será el 10 de agosto. Al parecer, los partidos AKP y HDP/BDP competirán en ella con sus propios candidatos, mientras que el CHP y el MHP trabajan desde la oposición para presentar un candidato de consenso capaz de suponer una amenaza para la prevista candidatura de Erdogan. Si ninguno de ellos consigue superar el 50 por cien de los votos en la primera ronda, los dos candidatos más votados competirán entre sí en una segunda, anunciada el día 24. Dado que se espera que la competición tenga lugar entre Erdogan y el candidato de consenso de la oposición (CHP y MHP), es preciso analizar en detalle cuál es la base elec-

toral de cada bando. Además, está por ver cuál será la plataforma social más amplia en la que se apoyará el previsto candidato de la oposición. En este momento se contemplan dos escenarios.

Primero, el candidato de consenso (de la oposición) solo podrá ganar si él o ella reciben casi todos los votos del ultralaico CHP, principal partido de la oposición, y del nacionalista MHP, a condición de que al mismo tiempo se haga con una porción significativa de los votos del sector que queda al margen del electorado de ambos partidos. La alianza CHP-MHP puede ser calificada de bando laico-nacionalista. Como demostraron las anteriores elecciones, sus posibles sufragios están por debajo del 45 por cien. Aparte de aquellos con los que ya cuentan, este bloque no tiene otro grupo de electores a quien atraer sirviéndose del componente laico de la alianza. En consecuencia, se concentrarán en el componente nacionalista y tendrán como objetivo las bases del AKP en el gobierno representantes de las tendencias nacionalistas combinadas con inclinaciones conservadoras. No obstante, tanto la fidelización de los votantes, que aumenta en cada cita electoral, como el laicismo de la alianza restringen las probabilidades de éxito del proyecto.

El bloque conservador-religioso se sitúa en el otro lado del espectro político. Su potencial de votos está entre el 50 y el 60 por cien. Si adopta un lenguaje bien elaborado y pone en marcha una campaña política eficaz, el candidato que lo represente, que por ahora parece ser el primer ministro Erdogan, disfrutará de una posición ventajosa en la competición.

Casi todos los partidos políticos turcos pueden ser clasificados en uno de estos dos grandes bloques. La única excepción en este panorama es el partido prokurdo HDP/BDP, que se levanta sobre una base social considerablemente conservadora a pesar de pertenecer a una tradición política laica. Los dos componentes de la coalición laico-nacionalista formada por el CHP y el MHP serán igualmente poderosos. Por eso es poco probable que su candidato común muestre simpatía por las demandas kurdas de mayores derechos culturales y políticos. A esto se añade que Erdogan es, junto con Abdulá Ocalan, líder del Partido de los Trabajadores del Kurdistan (PKK), uno de los dos principales artífices del proceso de paz con los kurdos, lo que aumenta las posibilidades de que el electorado de BDP-HDP vote al actual primer ministro en la segunda vuelta de las presidenciales. En el caso imprevisto de una pugna apretada entre los candidatos en esta segunda vuelta, a los votantes del BDP-HDP, que representan más del seis por cien, puede corresponderles el papel de decidir el vencedor. Sin embargo, no hay que



Erdogan y Abdullah Gül, en Industrias Aeroespaciales Turkas (Ankara, 10 de junio de 2014). GETTY

llegar a la conclusión segura de que los electores de HDP-BDP votará por Erdoğan. Su decisión final dependerá de la evolución del proceso de paz con los kurdos en los próximos dos meses. Los pasos que dé el gobierno en esa dirección tendrán repercusiones importantes en su posición.

Por otra parte, la segunda opción en la carrera a la presidencia impone una alianza electoral no tanto de orden político e ideológico, sino contra Erdoğan como el “adversario común”. El denominador de todos los partidos y movimientos que participen en esta alianza será su postura anti-Erdoğan. Ahora bien, en este caso se supone que los partidos políticos sacrificarán todas sus diferencias, de principios y de proyección futura, a favor de una postura contraria a Erdoğan. De hecho, alrededor del 54 por cien de los electores no votó al AKP en las elecciones locales del 30 de marzo de 2014. En circunstancias normales, un bloque de votantes tan amplio no tiene mucho en común. Abarca tanto a nacionalistas turcos como kurdos y a ultralaicos como a islamistas, entre otros. Por consiguiente, parece poco probable que prescindan de tamañas diferencias políticas y reduzcan toda su base política a un mero anti-erdoganismo.

Por último, el candidato de consenso es una fórmula para las élites, pero el presidente será elegido por el pueblo. No se debería dar por hecho que un

trato y un compromiso a nivel de las élites será totalmente bien recibido por los electorados de cada uno de los partidos que formen el bloque de oposición unitario (en particular los del CHP-MHP) que se enfrente al candidato del AKP en la carrera por la presidencia. Los resultados del pacto tácito entre CHP y MHP en los últimos años no respaldan la idea de que una alianza entre las élites se traduzca en la misma alianza entre los votantes. En apoyo de esta afirmación está el hecho de que CHP y MHP unieron sus fuerzas para oponerse al paquete de enmiendas a la Constitución sometido a referéndum por el AKP en 2010. El paquete fue aprobado con un apoyo del 58 por cien. El AKP obtuvo el 38,8 de los votos en las elecciones locales de 2009 y casi el 50 en las generales de 2011. La oposición lo tendrá muy difícil para proponer un nombre que sea del agrado del electorado de ambos partidos y que reduzca al máximo el número de deserciones.

El nuevo papel del presidente

Además de quién ocupará el palacio presidencial, el papel que desempeñará el elegido también suscita polémica. Como señalaba Hatem Ete, de la Fundación SETA, después de las elecciones presidenciales de agosto, Turquía experimentará un tercer tipo de sistema presidencial. El primero se refiere al periodo comprendido entre 1923 y 1960, durante el cual la presidencia era la institución más poderosa del sistema, con poder para designar al primer ministro, y que por tanto respondía directamente ante el pueblo. Además, el presidente podía conservar la presidencia de su partido y seguir siendo así una personalidad política. Este derecho fue ejercido por dos de los tres presidentes que prestaron servicio en el periodo 1923-69. Concretamente, Mustafá Kemal Atatürk, el fundador de la Turquía moderna, e Ismet Inonu, el segundo presidente de la república, ocuparon simultáneamente el cargo de presidente y de presidente del Partido Republicano del Pueblo (CHP). Celal Bayar, tercer presidente del país, fue el único que renunció al liderazgo de su partido, el Partido Democrático, cuando fue elegido en ese mismo periodo, una decisión fundamentada más en los principios políticos que en una exigencia legal.

Otro factor que contribuyó a aumentar el poder y el protagonismo del presidente en el sistema político fue la ausencia de limitación temporal en el cargo, que podía ser ejercido por la misma persona mientras su partido ganase las elecciones. En ese periodo el presidente acaparaba la autoridad principal en todas las decisiones importantes.

Pero después del golpe militar de 1960, la burocracia dirigente encabezada por los militares concibió una nueva forma de presidencialismo en el cual la presidencia quedaba separada del pueblo, solo debía rendir cuentas a los dirigentes y se le otorgaba un carácter simbólico excepto por su poder para designar a los burócratas de alto nivel. Este poder para nombrar fue conferido al presidente porque se consideraba una forma de control sobre el poder del Parlamento electo. De los ocho presidentes que ocuparon el cargo en esa fase, entre 1960 y 2014, cuatro eran antiguos generales; uno, el estadista y kemalista incondicional Ahmet Necdet Sezer, había sido presidente del Tribunal Constitucional, y los tres restantes eran antiguos políticos. Los presidentes con orígenes militares ocuparon el cargo de forma ininterrumpida de 1960 a 1989. Este factor ilustra por sí solo el carácter conferido a la presidencia por los líderes golpistas.

El poder derivado de la elección por mandato popular podría incitar al presidente a buscar un aumento de las competencias del cargo

Por otra parte, la presidencia quedó limitada a un solo mandato. Una vez elegido, se exigía que el presidente abandonase todas sus responsabilidades políticas y parlamentarias, reduciendo aún más su peso en el sistema político, cortando sus vínculos con el pueblo y convirtiéndolo en un contrapeso de los políticos que habían sido votados. Dejando aparte las presidencias de los reformistas Turgut Özal y Abdulá Gül, los presidentes de Turquía han desempeñado con meticulosidad su papel –ideado para ellos por la clase dirigente kemalista después de los golpes de 1960 y 1980– desde la Constitución golpista de 1961.

El germen de un tercer tipo de presidencialismo apareció en 2007. Ese año la elección del presidente sufrió una alteración debido a la discordia entre el AKP en el gobierno y la clase dirigente laica (encabezada por los militares) sobre la candidatura de Gül, cuya esposa llevaba el velo islámico. Cuando cambiaron las reglas de la elección quedó claro que el carácter y el contenido de la presidencia también cambiarían. En la nueva modalidad prevista, el presidente hará su campaña electoral, transmitirá mensajes políticos, dependerá de una base social para ser elegido y, en última instancia, será elegido directamente por el pueblo con más del 50 por cien de los sufragios. Dada la legitimidad y el poder que le proporcionará un

margen tan amplio de los votos y la considerable politización y polarización de la sociedad, el presidente se convertirá inevitablemente en una figura política que deberá rendir cuentas ante su electorado y, de este modo, desarrollar también una acción política.

Además, se modificará la limitación a un solo mandato establecida en las anteriores reglas electorales. Esta norma ha sido uno de los factores decisivos para que se abriese una brecha entre el presidente y el pueblo, y el primero se convirtiese en representante del sistema más que de la gente, ya que, una vez en el cargo, no tenía que esforzarse por ser reelegido. En la nueva modalidad, el presidente podrá intentar ser reelegido para un segundo mandato, lo que será un incentivo más para responder a las demandas de su electorado. Por consiguiente, el cambio introducido en 2007 en relación con la elección presidencial cierra una página en la historia política de Turquía. Concretamente, es de esperar que el sistema político turco centrado en el primer ministro se encuentre con diversos obstáculos, ya que el próximo presidente recibirá un mandato con una gran fuerza popular, y muy probablemente será elegido con un porcentaje de votos superior al primero.

Esta percepción de la legitimidad y el poder adquiridos por mandato popular incitará al presidente a procurar aumentar el poder de la presidencia en el sistema político, si no a intentar convertir el sistema parlamentario turco en semipresidencialista o presidencialista. Dado el farragoso proceso y los requerimientos legales y constitucionales para llevar a cabo tal conversión, independientemente de cuál sea la retórica del partido, es improbable que el AKP se embarque en ese empeño en un futuro próximo. En esta situación se abre otro escenario, por el que el AKP no intentará enmendar el sistema político, sino que más bien se esforzará por consolidar el poder del presidente. Otorgar más poder a la presidencia también exige reformas constitucionales.

Sin embargo, con la actual composición del Parlamento, no está claro si el AKP estará en condiciones de cambiar la Constitución para reforzar el poder de la presidencia, ya que para ello se necesita, bien el apoyo de 367 diputados para aprobar una reforma constitucional, bien la firma de 330 diputados para someter esa reforma a referéndum. Actualmente el AKP tiene 317 escaños, es decir, muy pocos para satisfacer por sí mismo cualquiera de estos dos requisitos. Para llevar a la práctica cualquiera de las dos necesita el apoyo de la oposición. En el ambiente reinante, el único partido que podría ofrecérselo es el prokurdo HDP/BDP, dependiendo de cómo evolucione el proceso de paz en marcha con el armado PKK. Por otra parte, cual-

quier apariencia de asociación entre el AKP y el HDP/BDP podría provocar una reacción negativa del electorado nacionalista del partido en el gobierno. Puesto que un paso no está completamente exento de riesgos, no es seguro que Erdogan tome ese rumbo incluso teniendo el apoyo del BDP para la reforma constitucional.

Como último recurso, si es elegido, Erdogan utilizará al máximo su autoridad presidencial. Para dejar claro lo que esto significa, lo normal ha sido que determinados aspectos de la autoridad y las competencias de la presidencia no fuesen ejercidos por ninguno de los presidentes de Turquía. Por ejemplo, legalmente el presidente tiene la potestad de presidir la reunión del gabinete, si bien ningún presidente en ejercicio ha hecho uso de ella, con la excepción de un episodio durante la primera guerra del Golfo. En el caso de la presidencia de Erdogan, ya ha dado indicios de que hará una interpretación más amplia de la autoridad presidencial y que no se abstendrá de recurrir a todas sus facultades. Sus discursos confirman esta impresión. Por ejemplo, se ha citado una declaración suya según la cual “el presidente será elegido por primera vez por el pueblo, lo cual es importante en este sentido” y ha afirmado que “las responsabilidades serán diferentes después de estas elecciones. No habrá un presidente de protocolo, sino uno que sude, vaya de un sitio a otro y trabaje duro”. Como revelan sus comentarios, Erdogan concibe una presidencia activa y comprometida más que un cargo ceremonial.

El futuro del AKP

Puesto que Erdogan ocupa la primera posición en la carrera hacia la presidencia, reina una gran incertidumbre sobre el futuro de su partido. Los analistas han propuesto algunas perspectivas funestas para la suerte del AKP cuando, como exige la ley, Erdogan abandone la presidencia de la formación para convertirse en presidente del país. Sostienen que aunque en origen el partido no fue concebido para estar orientado en torno a un líder, con los años se ha convertido en una formación en la que este ocupa una posición cada vez más central.

El nombre de Erdogan sobresale por encima del AKP. De los cuatro partidos con representación en el Parlamento turco, el electorado del AKP es el que justifica en mayor medida su voto en función de la actuación del líder, con un 40 por cien. En consecuencia, si el partido abandona su carácter de formación orientada en torno a un líder, se prevén perspectivas alarmantes. Estas afirmaciones son sin duda válidas en el caso de que la

formación no se reorganice después de la salida de Erdogan de la cúpula. No obstante, que estos pronósticos desalentadores se cumplan dependerá de si el AKP emprende la reforma necesaria después de Erdogan. Si lo hace, puede salir reforzado del cambio de líder.

Robert Michels, en su libro sobre los partidos políticos, sostiene que con el tiempo “la organización [política] tendrá dificultades para adaptarse a las cambiantes circunstancias externas”. Aunque esta teoría es cierta para la mayoría de los partidos y sistemas de partidos en el mundo democrático, también ha habido excepciones significativas a la regla, como demuestra el gobierno del Partido Liberal Democrático (PLD) en Japón, la Democracia Cristiana en Italia (sobre todo entre 1945 y 1980) y Alemania, y el Partido Socialdemócrata en Suecia (SAP, en sueco, entre 1932 y 1976, y otra vez después de 1982). El éxito de

La extrema polarización política turca desde 2011-12 ha limitado las posibilidades del AKP de ganar nuevos electores

estos partidos a la hora de adaptar su estructura y sus prioridades a los desafíos planteados y de reducir su dependencia de una única personalidad ha contribuido a su resistencia. El gobernante partido turco AKP se enfrenta a un reto similar: el triunfo que siguen otorgándole los sondeos está supeditado a su capacidad de adaptar la estructura organizativa, su mensaje y sus políticas a la nueva Turquía, en particular cuando su carismático líder abandone el cargo.

Por otra parte, dado que el partido mantiene sus estatutos (que establecen un límite de tres legislaturas para sus diputados, lo que significa que 73 representantes no podrán presentarse a la reelección en las próximas elecciones generales de 2015), tiene la oportunidad de profundizar en su institucionalización y reorganización. Puesto que el AKP ya no podrá confiar en el carisma de su líder ni en una parte importante de sus dirigentes, la institucionalización del partido se convierte en un imperativo. Junto con la reorganización, también será fundamental para que deje de ser el partido largo tiempo gobernante y se convierta en el partido dominante, de forma similar a como lo hicieron los antes mencionados PLD de Japón y SAP de Suecia, tal como deseaban sus líderes. Aunque tener a un líder carismático al timón fuese un denominador común de estos partidos en los primeros momentos de su gobierno, lo que les hizo perdurar y los distinguió de otras formaciones políticas fue su capacidad de adaptar las estructuras de partido, su lenguaje

y su narrativa a los cambios que se iban sucediendo, y absorber nuevas bases sociales al tiempo que consolidaban sus electorados originales.

A lo largo de la última década, el AKP ha incrementado de forma significativa su apoyo social. No obstante, la extrema polarización de la política turca desde 2011-12 ha supuesto un límite para las posibilidades del partido de progresar en la consecución de nuevos electores. Esto quedó bien ilustrado en un estudio publicado por la empresa de opinión Konda, que informaba de que mientras el 54 por cien de los entrevistados decía que daría su voto al AKP en 2012, el porcentaje experimentó un descenso continuo a lo largo de los siguientes 24 meses a consecuencia de las tensiones, polarizaciones políticas y otros acontecimientos que han sucedido en el país desde entonces. En este sentido, si bien es justo afirmar que el AKP obtuvo otra amplia victoria en las elecciones locales del 30 de marzo, con un 45-46 por cien de los votos, los resultados estuvieron por debajo de su potencial. Después de la posible marcha de Erdoğan, si el partido profundiza en su institucionalización, reduce la tensión política, implementa un nuevo lenguaje y transmite un nuevo mensaje ajustado a las transformaciones de la sociedad turca, tendrá la oportunidad de acceder a nuevos electores.

Repercusiones para la política nacional

El proceso de paz con los kurdos, la batalla política entre el Movimiento Gülen y el gobierno y el distanciamiento de las posturas sociopolíticas –más evidente sobre todo después de las protestas del parque Gezi– han sido los asuntos principales de la política nacional turca en los últimos tiempos. No cabe duda de que las elecciones presidenciales tendrán consecuencias en todos estos frentes.

En primer lugar, a pesar de los acontecimientos excepcionales de 2013, el proceso de paz con los kurdos sigue siendo el asunto más importante de la política nacional turca desde que se iniciase en los últimos días de 2012. No obstante, las protestas del parque Gezi del verano de 2013, la investigación por sobornos abierta el 17 de diciembre de ese año y la subsiguiente lucha de poder entre el gobierno y el Movimiento Gülen –un movimiento religioso con amplia presencia en la burocracia estatal– han desviado la atención al proceso. En consecuencia, el gobierno se ha mostrado poco activo a la hora de dar los pasos necesarios para que el proceso judicial siguiese avanzando. En respuesta, el PKK ha puesto de manifiesto su malestar por la inercia del proceso volviendo a instalar controles en las carreteras, participando en

violentos enfrentamientos con las fuerzas de seguridad y amenazando con graves consecuencias si no se da un nuevo impulso a las negociaciones.

Erdogan es consciente del valor del proceso de paz con los kurdos en el plano nacional e internacional, sobre todo después de recibir críticas severas y categóricas por haber renunciado a su celo reformista y ante la posibilidad de que los kurdos sean decisivos para su victoria en las próximas presidenciales. Por tanto, es de esperar que tome las medidas necesarias para reanimarlo. El elevado precio que el país y el gobierno tendrían que

Turquía celebrará elecciones generales en 2015, por lo que las tensiones políticas podrían mantenerse hasta entonces

pagar en caso de que el proceso fracasase es una motivación para inyectarle nueva vida. De hecho, el 6 de diciembre, el AKP convocó una reunión de trabajo en Diyarbakir, la mayor ciudad kurda de Turquía, con funcionarios de alto nivel como el viceprimer ministro y el ministro del Interior para debatir la hoja de ruta que haga avanzar el proceso.

Las declaraciones de los asistentes durante y después de la reunión acerca de los pasos legales a dar para revitalizar la negociación parecen estar en concordancia con las demandas que los kurdos llevan planteando desde hace tiempo.

En segundo lugar, la lucha de poder entre el gobierno y el Movimiento Gülen, que salió a luz pública después de la investigación por sobornos del 17 de diciembre, y que según la opinión generalizada fue iniciada por el Movimiento, seguramente continuará con la misma intensidad tras las elecciones. Hasta ahora, en esta batalla, el gobierno ha recurrido a su poder ejecutivo y legislativo. Es más, dada la presencia del Movimiento en más de 140 países, también ha emprendido una ofensiva diplomática para tratar de presionar a otros gobiernos para que limiten las actividades del Movimiento. Parece que Erdogan está decidido a seguir luchando contra él. Se prevé que, en respuesta, el Movimiento Gülen apoye al candidato de la oposición, como hizo en las elecciones locales del 30 de marzo, y que use sus numerosos contactos en los medios de comunicación para lanzar una campaña anti-AKP y anti-Erdogan en el periodo preelectoral.

En tercer lugar, la polarización social y política, que ha alcanzado su apogeo a raíz de las protestas del parque Gezi, podría suavizarse ligeramente

si Erdogan cambia de cargo en agosto, ya que sus actuaciones y retórica han sido en parte la causa del distanciamiento. Ahora bien, en este frente no conviene abrigar demasiadas expectativas. Aunque el estilo político de Erdogan causaba preocupación e indignación en un segmento importante de la sociedad, no debemos reducir las causas de la elevada polarización que está viviendo Turquía en los últimos años al tono despectivo y la política de contraposición de Erdogan. Detrás de ella hay factores estructurales e históricos. Dichos factores han sido la razón principal por la que desde 2011 el Parlamento ha sido incapaz de adoptar una nueva Constitución a pesar de que, en sus programas electorales para los comicios de ese año, todos los partidos con representación parlamentaria prometieron que una nueva Carta Magna sustituiría a la actual, redactada después del golpe militar de 1980. A menos que estos factores se aborden con seriedad, la polarización seguirá siendo la seña de identidad de la política turca. A esto hay que añadir que el país celebrará elecciones generales en junio de 2015, lo cual puede mantener la tensión del clima político hasta entonces. Por tanto, el cambio de cargo por parte de Erdogan tendría como consecuencia una cierta disminución de la polarización en Turquía, pero no acabaría con ella.

¿Una nueva política exterior turca?

La presidencia de Erdogan también tendrá consecuencias en el frente de la política exterior. Con el fin de emitir un juicio más ajustado de lo que su presidencia significará para la política exterior del país, y en particular para los vínculos de Turquía con Occidente, es necesario situar la política exterior del gobierno de Erdogan en su contexto histórico y político, así como nacional y regional.

Los líderes fundadores del AKP procedían de la tradición proislámica del Movimiento de Orientación Nacional (NOM). Por entonces su partido más importante seguía siendo el Partido del Bienestar, que encabezó una breve coalición de gobierno en 1996-97 hasta que el Tribunal Constitucional lo ilegalizó, afirmando que se había convertido en un foco de actividades anti-laicas. Su visión de Occidente ocupaba un lugar central en la formulación de la identidad de los partidos del NOM y los distinguía de otros partidos del sistema. Las formaciones políticas del NOM rechazaban a Occidente por considerarlo el adversario intrínseco de su identidad política. Los jóvenes dirigentes del NOM de mentalidad reformista que más tarde se escindieron del movimiento para fundar el AKP creían que los objetivos generales de la

política exterior del NOM y su postura antioccidental eran la principal razón que explicaba el silencio por parte de Occidente ante la ilegalización de los partidos del movimiento por el Tribunal Constitucional (ilegalizaciones normalmente instigadas por el ejército), si no su aprobación tácita. Tras haber aprendido la lección del pasado, en cuanto llegaron al poder en 2002, los líderes del AKP intentaron mejorar las relaciones con Occidente. Puesto que hoy día el partido lleva casi 12 años en el poder, hay que dividir este lapso de tiempo en tres periodos de gobierno: el primero, de 2002 a 2007; el segundo, de 2007 a 2010-11; y el tercero, a partir de 2011.

En el primero de ellos, el AKP consideraba indisolubles los vínculos entre la adopción de un lenguaje centrado en los derechos humanos y la democracia, la integración con la Unión Europea, así como la superación de su crisis de seguridad y legitimidad en el plano nacional e internacional, dado que sus dirigentes fundadores procedían de la tradición del NOM. Durante esta fase se asistió a la época dorada de las relaciones entre Turquía y la UE. Por decirlo de manera más explícita, el AKP consideraba la Unión y Occidente instrumentos que le proporcionaban legitimidad y, por tanto, optó por una apertura genuina a los países occidentales.

En su segunda legislatura, el partido intentó equilibrar su política exterior centrada en Occidente con otros marcos alternativos con el fin de lograr un papel internacional más prominente. El retroceso de la amenaza militar, el crecimiento de la economía turca y la elección en Alemania en 2005 y en Francia en 2007 de dirigentes contrarios a la entrada de Turquía en la UE hicieron decaer el entusiasmo por la postura pro-occidental del AKP. Durante este periodo, Turquía se comprometió más enérgicamente con sus regiones circundantes. También fue entonces cuando el país se labró para sí mismo una posición única como mediador y orientador en algunos de los asuntos y conflictos más espinosos y duraderos, entre ellos la mediación con Israel y Siria, Irán y Occidente, así como con diferentes facciones palestinas, aunque en gran medida en vano.

La tercera legislatura del AKP ha estado marcada por la Primavera Árabe y caracterizada por la incertidumbre de las relaciones entre Turquía y Occidente. En los comienzos de las revueltas, con la aparición de movimientos islámicos por toda la región y la retirada gradual de Estados Unidos, Turquía vio una oportunidad de liderar esas revoluciones y llenar lo que se percibía como un incipiente vacío de poder. El AKP veía en su identidad islámica y su léxico compartidos, una ventaja para establecer relaciones más estrechas con las futuras élites políticas del mundo árabe. Esencialmente, el

AKP creía que su identidad (sus valores) y sus intereses eran compartidos en los países que habían vivido la Primavera Árabe. Por otra parte, se consideraba inevitable una pugna por la influencia, sobre todo con Francia y Reino Unido, como demostraban sus posiciones antagónicas sobre Libia. Esta manera de interpretar los acontecimientos animó a Turquía a dar prioridad al mundo árabe aun a expensas de sus relaciones con Occidente. El paréntesis de tres años antes de abrir nuevos capítulos para el ingreso de Turquía en la UE fue en cierto modo un reflejo de esta manera de ver las cosas.

Sin embargo, el avispero sirio ha puesto de manifiesto las limitaciones de Turquía y la brecha entre la capacidad y la retórica, junto con su dependencia de Occidente en el terreno de la seguridad. El reconocimiento del valor de los vínculos con Occidente, y especial con la OTAN, no tardó en convertirse en duras críticas hacia

**El gobierno turco
es consciente del valor
de su relación con
Occidente y está
intentando recuperarla**

los países occidentales y el sistema internacional, cuando la muy anunciada intervención no se materializó. Las críticas alcanzaron su punto álgido durante el golpe de Estado en Egipto y las protestas del parque Gezi. La postura occidental con respecto al golpe y la crisis siria han sido contempladas por las élites políticas turcas como la manifestación de su estrategia anti-islámica en la región. La manera en que Occidente ha enfocado en general la crisis de Ucrania ha reforzado aún más este sentimiento. A esto hay que añadir que las críticas constantes a Turquía en los medios de comunicación y los círculos oficiales de los países occidentales son vistas por el gobierno bajo el mismo prisma.

Sin embargo, consciente del valor de la relación con Occidente, el gobierno está intentando en cierto modo recuperarla. La apertura de un nuevo capítulo de negociación para el ingreso en la UE después de tres años, la firma de un acuerdo de readmisión y la apertura de un diálogo para la liberalización de los visados, la decisión del AKP de abrir una oficina en Bruselas y la paulatina reparación de las relaciones con Israel apuntan a que eso es lo que se desea. Pero también abundan ejemplos de lo contrario. La decisión del AKP de abandonar el Partido Popular Europeo (PPE), alegando la negativa del grupo a elevar la condición del partido de observador a la de miembro de pleno derecho, para unirse a la euroescép-

tica Alianza de los Conservadores y Reformistas Europeos (AEER) es uno de ellos.

Así pues, en la tercera legislatura del AKP se han puesto en marcha simultáneamente tendencias contrapuestas. Por tanto, en la actualidad reina la incertidumbre en las relaciones entre Turquía y Occidente. Cuál será la dirección futura estará determinada en gran medida por los contextos políticos nacional y regional, así como por la reacción occidental ante los mismos. Es poco probable que el nuevo cargo de Erdoğan provoque cambios drásticos en la naturaleza de las relaciones entre Turquía y Occidente, sobre todo la UE, puesto que hay una cantidad significativa de factores estructurales y de incertidumbre que han hecho que las relaciones tomen la forma que han tomado. Y no es de esperar que desaparezcan durante una previsible presidencia de Erdoğan.

Las elecciones presidenciales señalarán un nuevo giro en la polarizada política turca. Por primera vez en su historia Turquía acudirá a las urnas a votar a su presidente; el resultado probablemente encenderá un nuevo debate sobre el sistema político, ya que el nuevo presidente gozará de una sólida legitimidad, y también sólido poder democrático. Además, como es muy probable que Erdoğan se presente para el cargo, las elecciones también pueden suponer el fin de su década como primer ministro. Por último, las elecciones tendrán asimismo importantes consecuencias para la política interior y exterior de Turquía.